

MIS RECUERDOS DE SANTA GADEA

Francisco Mundi Pedret (Paquito)

IMPRESIONES Y SENSACIONES DE UN NIÑO CATALÁN QUE CONVIVIÓ DURANTE CINCO AÑOS CON LOS NIÑOS Y ADULTOS EN EL PUEBLO DE SANTA GADEA DE ALFOZ

16 de agosto de 1995

MIS RECUERDOS DE SANTA GADEA

Francisco Mundi Pedret
(Paquito)

Llegué a Santa Gadea de Alfoz, con mi madre y mi hermana, el 21 de junio de 1941, Festividad de la Ascensión, jueves. Era fiesta en Vilga. Conservo una foto de aquel lugar y día. Mi padre vivía ya en Santa Gadea, y vino a recibirnos a Bilbao. Vivimos en este querido, entrañable pueblo, hasta el verano de 1946. Mi vida transcurrió pues aquí desde mis diez hasta mis quince años de edad, en la que los recuerdos marcan profundamente.

Debo advertir que voy a relatar las cosas tal como las recuerdo, y hago esa advertencia porque es bien sabido que jamás contamos las cosas como ellas son, sino como las recordamos. Por otra parte, mis recuerdos no siguen un orden preestablecido.

Voy a relatarlos sin orden cronológico ni de importancia. Son muchos los recuerdos que se agolpan en mi memoria y todos parecen pugnar entre ellos por salir a flote los primeros. Como para mí todos constituyen vivencias igualmente importantes, el orden en que voy el escribirlos será aquel por el cual los constate yo en el borrador de este escrito.

Lo primero que vi en el pueblo fue la que, durante cinco años, sería **mi casa familiar**, la penúltima del Barrio de Abajo. Es una casa que se conserva bien. Subí a ella e inmediatamente identifiqué los muebles, que me eran familiares, y cogí mis juguetes. Los bajé a la calle, mejor dicho, al corral. Se unieron a nuestro juego Angelito y Meli, que formaron grupo con mi hermana Dolores y conmigo. Así empezaron mis cinco años castellanos.

MIS PRIMERAS SORPRESAS

Entre mis **primeras sorpresas** están las siguientes: Que los bueyes y las vacas deambularan tranquilamente por los calles, y que no fuera necesario huir ante su presencia. Que a los terneros se les llamara "jatos". A los pequeños, chavales y chavalas. Me sorprendió la advertencia que me hicieron unos segadores que empleaban la hoz para las mieses, de que la nieve rebosaba en invierno por encima de los paredes de piedra que cercaban los huertos. Que el corte de pelo infantil consistiera en el rapado, salvo un mechón delantero en forma de brocha plana o plumero, como se estila ahora por Cataluña, según veo. Que las gallinas camparan sueltas, y acudieran a la voz de "pipis". Otra gran sorpresa fue ver a los hombres, los domingos de invierno, vistiendo capotes de soldado. Todos éramos

pobres en la posguerra.

EL MOTIVO DE MI ESTANCIA EN SANTA GADEA

Mi padre fue trasladado desde Cataluña como maestro sancionado. Por temor a represalias se había hecho voluntario de Sanidad, aunque solamente estuvo una semana en un destacamento de Aragón. Regresó con el primer tren hospital, en el que solamente viajaba él. Vivíamos en Falset, un pueblo de 1.700 habitantes, capital de la comarca del Bajo Priorato, situado a 12 kilómetros del Ebro, cuya conocida batalla nos había afectado muy fuerte y directamente. Nos bombardeó con intensidad la aviación anti-republicana. Por otra parte una noche de setiembre de 1937, fusilaron allí a unos treinta hombres, y acabada la guerra hubo represalias.

LA LENGUA CASTELLANA

Mi primer tropiezo, y el único que recuerdo, con mi nueva lengua habitual fue la confusión entre los verbos traer y llevar. Yo quería ir o pescar cangrejos, pero no sabía pillar ranas, para cebo. Pedí a dos chavales que apacentaban corderos, que me "llevaran ranas", ya que ellos decían saber cazarlas. No pudimos entendernos. Ellos me respondían: -¿Pero qué tenemos que llevarte?" Les sonaba rarísimo eso de "llevar" ranas. No supe decirles que me las "trajeran"

El castellano de Santo Gadea tiene unos matices dialectales espléndidos: **atrancar** (saltar el río de un brinco), la **galbana** (la pereza que produce el calor en verano), **hacer las labores** (cocinar), la hierba **no echa pie** (no crece), **carda muy usada** (gastada), **cordel** (cuerda gruesa, sogá), **tapanorias** (los montones de tierra que sacan los topos a flor del suelo), **ripias** (maderas alargadas, de roble, no cortadas sino desgajadas con un hierro sin filo o fin de que tengan más correa, y que se ponen entre las vigas y las tejas en los tejados), **correa** (resistencia de las ripias o del hielo, que se dobla pero no se quiebra), **tajada** (rebanada de pan), **rozo** (árgomas y brezos segados, para ponerlo ante las casas de cara al invierno, donde caerán las boñigas y otros productos que convertirán el rozo en abono, a la vez que mantendrán seco el suelo del corral, o para quemarlo en la tejera), **jatos y jatas** (terneros o terneras), **morrillazo** (pedrada, con una piedra bastante grande, o morrillo), **zancada** (piedra arenisca circular, para afilar, de unos quince centímetros de ancha por unos sesenta de diámetro, con un hierro doblado empotrado en su centro para hacer rodar la piedra con el pie, sujeta por dos maderas al suelo), **la vez** (manada de ganado perteneciente a los vecinos, que sale a pastar), **albarcas** (zuecos de madera con tacón trasero y dos apoyos gemelos delanteros, en los que se meten los pies calzados con alpargatas, para no

mojarse; se llaman también almadreñas), **rusnia** (sonajero artesanal de modera poro hacer ruido al final del Oficio de Tinieblas de la Semana Santa), arbejas (guisantes), **habucos** (habas de raza pequeña), **titos** (almortas o muelas), **tascar** (sacar virutas de un palo con la navaja), **sallar** (escardar con un azadillo los campos sembrados de patatas), **ganado pinto** (negro con motas o clapas blancas; a los frailes dominicos de Montesclaros se les llamaba “pintos”, por su hábito blanco y negro), **harto poco** (...hemos cosechado este año), **palante** (a la pregunta, mientras se iba andando, “¿dónde vamos?”, se respondía indefectiblemente “palante” = para adelante, y quien quisiera saber más que lo aprendiese en Roma), el **tanque** (pote o vaso metálico para beber agua), **carpancho** (cesto de delgadas tiras de roble, entretejidas, unidas en la parte superior por un palo circular también de roble, y con dos agujeros debajo de este palo adaptados para asas), **chon** (cerdo), **al tercer día** (a días alternos), etc.

EI PARROCO DON VALERIANO

Conocí a Don Valeriano de la Fuente Ruiz, popularmente Don Vale, en un momento en que me encontraba jugando con Angelito en el camino que hay detrás de las casas en el Barrio de Abajo. El Sr. Cura iba en dirección a Santa Agueda, me presenté y él manifestó alegría por haberme conocido de aquella manera casual. Oí contar o Don Vale que él había llegado a Santa Gadea porque un cura conocido suyo, hijo de Santa Gadea, le informó de que era una buena parroquia, “no porque sea mi pueblo”. “En mi petición de parroquia puse en último lugar Santa Gadea, y me tocó”.

Para mí tuvo el enorme mérito de haberse quedado durante toda su vida en la Villa de Santa Gadea. Atendía a la vez a Quintanilla, y por algún tiempo estuvo encargado de Riconcho. Le acompañé allí en una ocasión para un entierro de un niño; le dijeron que cuánto le debían, pidió seis pesetas y me dio una a mí.

EI MOLINO

Puentecía (Pontecía). El molino y sus entornos eran un lugar ideal para los chavales en verano. No sabíamos nadar -luego ya aprendimos- y nos bañábamos con el traje de Adán. Yo era el que más acudía al molino, que no funcionaba como tal, esperando encontrar bastante llena la presa. Aquel agua lavaba maravillosamente, dejaba el pelo totalmente desengrasado, lacio, y suave. Si una nube cubría el cielo, te ponías a temblar de frío, a castañear de dientes, y había que esperar a que la nube pasara para reconfortarse nuevamente al sol. A veces nos bañábamos más abajo, en Prandeliveos, en el Pozo Caliente, pero entonces era necesario aclararse, porque al mover el agua ésta se enturbiaba, y nunca

mejor dicho ya que lo que se removía no era arena si no polvo de turba.

En los pozos del río situados cerca del otro molino, La Vega, más lejano, hacia el puente Rutón, había agua profundo, en el Pozo de la Estaca, y, una vez supimos nadar, allí se **bañaba uno** mucho mejor.

El pueblo había estado dividido en dos sociedades, de tal manera que aproximadamente cada mitad pertenecía o uno de los dos molinos. Pero las diferencias eran tales que los de una sociedad no se podían relacionar con los de la otra. Existen las Ordenanzas del Molino de la Vega, cuya sociedad es aún propietaria de una finca. Heredaban el derecho de ser socio los hijos varones, no las hijas.

Antes de Puentecía estaban **Las Animas**, sin alma, es decir, la capillita había sido profanada en tiempo de guerra y estaba aún vacía. **Las Animas** del Barrio Arriba son antiguas. Están en El Portillo, vado o paso entre dos rocas hacia Riconcho

El Canto es la piedra a la vera del camino, cerco de Las Animas del Barrio Abajo. No tiene gran utilidad, aunque ocasionalmente los pastores lo hacían servir de mesa. Pero es un punto de referencia para tiempos y distancias. Había dos cantos, uno “el canto” pasado el Pozo Peñas, y el otro casi enfrente de las Animas, el que nos hemos referido. Servían para descansar los costaleros, que llevaban los costales a moler.

OROGRAFIA

El Otero. Era maravilloso subir y hacer rodar desde arriba del Otero grandes piedras, que se precipitaban a toda velocidad. No hacía falta más que empujarlas. En una ocasión unos compañeros vieron a un animal en una cueva. Yo no lo vi, pero todos nos espantamos. En el pueblo nos dijeron que debía tratarse de un tasugo.

Discutimos los niños en una ocasión si en **Pinadero** habría bastante piedra para edificar una ciudad. Supusimos que casi no del todo. Sin embargo las peñas de aquellos lugares son impresionantes, maravillosas, de una piedra arenisca de gran calidad.

En otros lugares se encuentran yacimientos de arena blanca, amarilla e incluso ligeramente morada. A veces la arena está debajo de las peñas. Se empleaba para las obras. No hay sin embargo minas de la importancia de las de Arija.

PRODUCTOS AGROPECUARIOS

Alimentación básica. Mañana, mediodía y noche, patatas arregladas, o sea, hervidas y aliñadas con un sofrito de grasa de cerdo y pimentón rojo. Sabían muy ricas. Pan de hornera particular, quien lo tenía porque había segado y podía utilizar una hornera. Pan moreno los demás, de cartilla de racionamiento. Ración **al tercer día**, a sesenta céntimos, en la panadería de Clemente. Arbejas de secano, habucos y si el año era favorable, garbanzos en el cocido. Cocido con tocino, patatas y arbejas. Terneros, corderos, ovejas y alguna vaca, que se mataba y se distribuía. Algún conejo, gallinas y sus huevos, algún gallo, y algo de caza: codornices, vironiegas, palomas, y los conocidos tordos negros, liebres y conejos en Pinadero, y algo de caza mayor, en concreto los jabalíes.

Manteca de cerdo como condimento, e incluso sebo de oveja o carnero. Alguna cabra. Espléndida leche de vaca, y su mantequilla artesana. Cecina bien curada. Morcillas de arroz o de cebolla, como no las hay ni las ha habido en otro lugar alguno. Excelente lomo en aceite. Chorizo, picantito, de lo mejor del cerdo, excepto el excelente jamón. Porque el día de la matanza del cerdo era una fiesta familiar. Hasta los niños colaboraban en los menesteres de la jornada, incluso cortando a trocitos el hígado del “chon”, que yo vi comer crudo. Como crudos se comieron los sesos de un jabalí traído de Hijedo hasta la cantina, para que se viera. Toda una felicidad.

La hierba. Los campos no eran de regadío. La mayor parte eran prados, y solamente eran atendidos para echarles abono del corral y para segarlos, a dalle o a máquina. La hierba se secaba al sol, se le daba la vuelta para que quedara bien seca, y se la recogía con rastrillos de madera colocándola sobre los carros de grandes barras paralelas. Dos sogas gruesas la sujetaban verticalmente. Luego había que subir la hierba por el bocarón al pajar, empleando de nuevo las horcas de hierro que habían servido para cargar el carro. Los labradores solían poner algo de sal entre la hierba. Desde el pajar la hierba sería bajada a los pesebres por unos agujeros practicados en el suelo de madera del pajar, para lo que sólo hacía falta pisarla y caía directamente en los pesebres. Era hierba silvestre, de magnífica calidad. La semilla que quedaba encima del piso del pajar, al agotarse la provisión de hierba, podía emplearse para tirarla en los prados el año siguiente. La hierba era el alimento, el forraje, para el ganado en invierno, cuando no salía a pacer.

Ahora en la Villa de Santa Gadea venden la hierba. La cargan empacada en tractores.

Las patatas. En las tierras de labor se sembraban patatas, originariamente coloradas, o sea de color rojo. Magníficas. Para muchos vecinos eran el principal medio de ingresos económicos. Había una clase especial, muy buena pero no comercializada, llamada “del riñón”.

También se sembraron patatas para siembra, llamadas “Oro”, que eran comercializadas por una empresa que escribía en sus coches: “Patatas de siembra seleccionadas a mano”, para lo cual la empresa enviaba unos mozos que hacían la selección, y que previamente habían mandado arrancar las matas no auténticas.

No se arrancaban las patatas hasta que sus matas estaban secas prácticamente. Se sacaban con la azada y se tiraban a los carpanchos, sin que los fuertes patatas sufrieran por aquellos golpes.

Fue en aquellos años cuando entró la plaga del escarabajo de la patata, antes desconocida, y por tanto empezaron las fumigaciones con nitrato de plomo, efectuadas con los más variados utensilios; el uso del nitrato de plomo levantó muchos habladurías por sus efectos nocivos, sobre muertes y desgracias, pero nunca se supo de un caso verídico.

El trigo. Se cultivaba trigo especialmente para tener pan durante el año. Algunos veces las mieses se helaban, y entonces las espigas no tenían grano. Los vecinos debían segarlos para forraje.

Centeno. Se cultivaba poco. Me llamaba la atención la manera de sacarle el grano, agarrando haces con las manos, y golpeándolos contra las piedras del trillo levantado en vertical. De esa manera se obtenía paja larga para quemar las cerdas y levantar la piel de los chones el día de la matanza.

Cebada. Había, según los años, buenos campos de cebada.

Arbejas. Algunas fincas eran sembradas de esos guisantes, muy dulces, que comíamos crudos si pasábamos a la vera de una plantación. Estaban muy ricas, tanto si eran tiernas como si se comían ya secas en el cocido.

Las eras. Se hacían en los prados en sitios fijos todos los años. Cada vecino agricultor, la mayoría, tenía la suya. Los grandes trillos llevaban incrustadas, en parte de la madera que tocaba el suelo, piedras variadas, que los especialistas que venían a repararlos decían traer del río Pisuerga.

Frutos silvestres: Hayucos, mostajas, ráspanos (arándanos), y avellanas de bosque; moras, majuetas endrinas; setas, champiñones ...

Partición de tierras. Me llamaba la atención que cuando los hijos heredaban, frecuentemente una tierra se dividía en dos con un simple surco trazado por el arado.

Los mojones. Simples piedras que nunca faltaban para delimitar las propiedades.

Minifundios. La costumbre de dividir las tierras entre los hijos hacía que las tierras, las fincas, cada vez fueran más pequeñas. Las había pequeñísimas, de la extensión de una habitación grande de una casa. Los huertos pequeños se llamaban linares, del lino que se había cultivado en ellos. En pequeños huertos cerrados se cultivaban cebollas (que se pisaban para que engordaran), lechugas, ajos, coles...

La lana. El ganado lanar era importante. Salían a pacer los rebaños de ovejas, tanto comunales como particulares. Hacia Puenteecía, hacia la tejera, y otros lugares. Cuando los corderitos del año se valían por sí mismos, eran llevados a pacer en otro grupo aparte. Los vellones de buena lana proporcionaban ingresos. Había señoras que sabían cardar la lana, hilarla a mano, con la rueca, con la máquina de circular de madera, y tejían con ella calcetines y jerseys.

Las pieles. Los compradores ambulantes compraban las de oveja. Un pellejo no bajaba de cuarenta pesetas. Iban preguntando por las casas, si tenían algún pellejo. El tío Federico les contestaba que lo llevaba encima. No vi vender pieles de Vacuno, pero sí emplearlas para los aperos de labranza, como para uncir el ganado al yugo.

La leña. Era preciso ir a por ella al monte Hijedo. Pero solamente de cuando en cuando daban permiso para ir a buscarla, y debía ser leña seca. Había guarda, y podía denunciar. Claro que a veces se cortaban para leña robles jóvenes, quizá sin concienciarse de que aquello era una pequeña catástrofe. Los vecinos tenían dos carros, uno era para las labores de la labranza. Otro era para ir al monte, con eje de madera, que se untaba de cuando en cuando, durante el viaje, con jabón sólido, con una pastilla de jabón. Pero todos necesitábamos leña para cocinar y para pasar el invierno.

La madera. Yo quedé asombrado de ver al almacenados grandes montones de tablones de haya. Procedían de la Mata, porque hubo un ciclón que derribó muchos de aquellos árboles, y concedieron cortarlos. Pero de cuando en cuando los vecinos obtenían también permiso para determinadas talas. Los árboles eran aserrados, trasladados en troncos, los cuales luego eran labrados con el hacha, dejándolos casi cuadrados. Para seguir la línea recta en el momento de labrarlos,

se marcaban con rayas trazadas con una cuerda mojada en tinta de paja quemada. La cuerda se apretaba en los extremos del tronco, se tensaba, y tirando un poco de ella hacia arriba con los dedos formaba un pequeño arco, se soltaba la cuerda y así quedaba marcado el tronco.

Los troncos era aserrados con sierras largas, accionadas por dos hombres, uno colocado encima del tronco y otro debajo, situado el tronco sobre un estrado alto montado al efecto, o serradero. Vecinos del pueblo hacían de serradores, y los más expertos sabían afilar las sierras, con una lima. Pero con frecuencia venían serradores de otros lugares.

Los tablones se vendían. Había algún comerciante en el pueblo que se dedicaba a esta explotación. Los tablones eran cargados en vagones de la línea de la Robla. Como había pocos vagones en los años cuarenta, yo sé que por cada vagón obtenido se daba al jefe de la estación de Arija una propina de 25 pesetas. Recuerdo también muy bien que entonces el alquiler de un camión de aquel tiempo, de mucho menor tonelaje que los actuales, costaba “cinco pesetas por kilómetro, tanto de vacío como de cargado”.

Las subastas. Bajo la Casa Concejo o cerca de la misma, se subastaban en ocasiones sacos de grano (ausentes los socos), hierba por segar en los prados, etc. Eran curiosas las pujas.

LOS QUINCALLEROS

Llamados por nosotros “quinquilleros”, eran unos vendedores ambulantes que proveían a los vecinos del pueblo -a las vecinas especialmente- de agujas de coses, carretes de hilo, botones de nácar, en suma todo lo necesario para coser, lápices e incluso anteojos, amén de las cosas más variadas. Los quincalleros viajaban a pie. En una ocasión al salir dos de ellos del Barrio de Abajo hacia Arija, fueron llamados por Honorino, que se encontraba trabajando con dos de sus hijos. Precisaba y obtuvo unos anteojos, aunque no le iban tan bien como otros que le prestaban en el pueblo. Su hijo mayor fue a buscar un billete de cinco duros, y una vez pagadas las lentes, el resto se gastó en otras menudencias. Un quincallero -supongo que se llamaban así porque vendían quincallas- dijo que lo daba todo muy barato, porque iba de regreso y prefería no volverse con el género.

El tío Manuel, padre de Abel, decía que pedían caro. Y había “que ofrecerles la mitad”. Se vendía y compraba al regateo.

EL VINO

Y que nunca faltara el vino. Sin el vino no se podía segar en verano, ni trillar, ni trabajar en ninguna ocasión. El vino peleón para el trabajo era el tinto. En botella, en vaso, bota o jarra, cualquier utensilio apto para beberlo servía bien. En todo caso el porrón sabía a poco, y era necesario o chupar o desbocarlo, para que manara más. No veíamos jamás una cepa, pero en Santa Gadea se bebía abundantemente su producto.

En la cantina se tomaban más variedades, como el mosto, los vinos blancos, secos, dulces y licores. Dentro de “los blancos” quedaban incluidos, el aguardiente, el anís, la ginebra, y cuanto estuviera desprovisto de colorido. Aguardiente y ron, colosal desayuno. Si nunca veíamos una cepa, en ocasiones en cambio algunos vendedores ambulantes habían traído racimos de uvas. Y por otra parte, el coñac que se gastaba en nuestro pueblo era de la marca “Tres Cepas”, cuyo etiqueta las traía dibujadas. Es una buena marca.

EL DINERO

La moneda de 20 céntimos. Era una sencilla “chapa”, nombre por el que se la conocía. Era rectangular, de hierro, con las cuatro puntas rebanadas. Llevaba una inscripción en la que se leía que su valor equivalía a cierta cantidad de pan, no recuerdo si era un kilo, quizá menos. Pero tenía un valor comarcal efectivo y único de 20 céntimos. Supongo que provendría de la fábrica cristalera de Arija, aquella que había fundado Monsieur Brachotte.

Las monedas más corrientes, sin embargo, eran las de cobre: la perra chica y la perra gorda, o sea, la de cinco y la de diez céntimos. Los domingos por la tarde, después del Rosario, al que acudía el todo Santa Gadea, como a la Misa por la mañana, y normalmente bajo la Casa Concejo, se **jugaba dinero** al juego al que ahora yo llamaré de La Raya.

Se hacía una raya en el suelo, y desde una distancia convenida se iban tirando monedas. El que quedaba más cerca de la raya conseguía el primer premio, y los premios venían dados por orden de proximidad de las monedas a la raya. El premio se administraba en efectivo de la siguiente forma: se tiraban todas las monedas empleadas en el juego, al aire, e inmediatamente se apartaban las que habían caído de cara de las que habían caído de cruz. En lenguaje llano se separaban las caras de los culos. El que había ganado tiraba una moneda al aire y obtenía un montón u otro según la cara o la cruz en que caía su moneda. Y así seguía el reparto por orden riguroso de proximidad a la raya, con el mismo procedimiento pero empleando las monedas que el premiado anterior no se había

quedado.

Los peques, o no adinerados, jugábamos a lo mismo, pero con cristales de colores de la fábrica, que eran unos cuadraditos siempre con el mismo dibujo de rayas y puntos.

El resto de dinero era de papel: la peseta, las dos pesetas, el duro, las veinticinco pesetas, cincuenta, cien... y decían que también había billetes de mil. Ustedes ya me entienden.

ILUMINACION

La electricidad brillaba por su ausencia. Mi padre compraba bidoncitos de carburo en Zaragoza, que llegaban por tren. A veces recibía por correo ofertas de aparatos de radio. Entonces hacía un chiste: “Un día les contestaré que me manden una radio, pero que funcione con carburo de calcio” El **candil** de carburo era el rey, y los chavales éramos expertos en su preparación y manejo. La boquilla bien limpia, sus dos agujeritos vaciados con un hilo fino de conducción eléctrica (menos mal que indirectamente nos ayudaba la electricidad), el depósito de agua, el goteo espaciado, la piedra de carburo, cerrar bien y encender. La electricidad llegó a Santa Gadea cuando yo ya estaba fuera. Me dijeron que produjo cierto impacto su instalación en el pueblo.

Yo vivo ahora muy próximo a las centrales nucleares catalanas, y estoy envuelto por la polución emanada de las petroquímicas. Cuando algunos ecologistas, los verdes, me han hablado de los peligros: la radiación, la contaminación ambiental, el cáncer como su consecuencia, la lluvia ácida -cuyos efectos son palpables- les he contestado que no tengo inconveniente en volver el vivir como viví durante cinco años: luz de candil o de cera, transporte de carros de bueyes o vacas, abonos orgánicos, huevos y gallinas de corral, patatas de secano, alguna codorniz, conejo o paloma, calefacción de turba y terrones, amén de leña, etc. Vida sana. Concentración de gentes en los pueblos, y a vivir más felices sin la contaminación acústica de las discotecas, de los tubos de escape, de los martillos mecánicos. Y a vivir en casas de sillería y madero, como las de Alfoz de Santa Gadea. Los niños, a la escuela del pueblo, y a jugar el la pelota, al escondite, a la raya.

Me contestan que esto es fantástico, no sé si lo dicen con sinceridad, dudo de que muchos ecologistas, ante la disyuntiva, no deslucieran su verdor con un “si pero...”.

LOS CANGREJOS

El agua de Puenteecía era fantástica, y los cangrejos de sus alrededores aún mejores, sobre todo los “patazas”, los grandes. Yo usé mucho el retel. Tenía seis. Los posaba suavemente en el fondo del río, en Prandeliveos generalmente, y al acabar de colocar el último acudía el levantar el primero, muy despacio y sin dar golpecitos, para que los cangrejos, agarrados a la rana, no pegaran un coletazo y salieran disparados. Cuando el retel estaba fuera del agua, ya no podían salir. Me gustaba volver a casa con las doce docenas, pero era difícil. No hacían falta permisos. Eso lo trajo luego la “civilización”.

LA TURBA

Las turberas de Prandeliveos son un magnífico yacimiento vegetal. Cuántos terrones fueron cortados a azada, y cuánta turba extraída, húmeda, a pala. Se dejaba la turba a secar al sol. Nadie tocaba la que habías extraído, hasta que ibas a buscarla en carro. El carro debía pasar sobre hierba, porque si pasaba por los lugares donde la azada había arrancado los terrones, el carro se hundía y los bueyes no eran capaces de desatascarlo, porque se hundían también. Era preciso no olvidarse de traer una azada para desatascar.

LOS OLMOS

Los olmos del pueblo eran una flora fantástica. Su verdor esmeralda, algo espléndido. Su sombra, reconfortante en verano. Bajo algunos olmos había estupendos sesteaderos, donde zafarse en verano de la adormilante galbana. En invierno sus ramas peladas lucían cuando estaban heladas. En primavera, quedaban plagados de unos coleópteros que llamábamos corzos, manjar de gallinas. Y en verano, sus hojas, recogidas a mano, llenaban las barrigas de los cerdos, que luego eran cebados cara a las Navidades. Hoy los olmos mueren de enfermedad.

LAS FIESTAS RELIGIOSAS DEL AÑO

La Navidad era íntima. Todo el pueblo -como todos los días festivos- en la Iglesia, por la mañana. Los niños, situados en el ala izquierda de la Iglesia, esperábamos el momento de la adoración del Niño Jesús, porque Quirino, después de adorar, hacía genuflexión y daba una vuelta marcial, militar, erguido y de un solo trazo, mientras le brillaba la cara afeitada. Nadie, ni Amancio, podía imitarle.

La Semana Santa era entrañable. El Vía-Crucis de la Cuaresma, popular y fantástico. Muchos sabían cantarlo. No sé si se habrá perdido su música. “Sígueme y verás ... Las catorce estaciones...” “Reina del cielo / Estrella del Mar / alcanzad las gracias / para no pecar”.

La Octava (del Corpus), cuando ya despertaba el buen tiempo; era fiesta primaveral. Venían músicos alquilados. Los mozos rondaban las casas de las autoridades por la mañana, danzando jotas. Se les obsequiaba con vino selecto, y en mi casa con magdalenas o algo parecido, para el diente. Eran bastantes las rondas, y no abusaban de la bebida, porque empezaban entonces las horas de la fiesta. Había procesión con la custodia portadora del Señor.

Aún resuenan en mis oídos los cantos eucarísticos: “Altísimo Señor”, que se entonaba según la melodía del gregoriano “Sacris solemnis”, según luego advertí. El enorme pendón rojo que compraron, y que llevaban dos mozos, uno por el asta, y otro sujetando el cordón. Era el día en que estrenábamos “el traje”.

En la última Octava a la que asistí, fue en 1962, en mi primer viaje a la Villa después de mi ausencia. Dijimos misa de tres -liturgia anterior al Vaticano II- Don Vale, el entonces P. Aurelio, y yo.

San José. Tenía el encanto de un día excepcional, porque había feria de ganado. Eso lo tenían pocos pueblos. Llegaban de todos los alrededores, el pueblo era toda una algarabía, y siempre se destacaba algún ganadero de renombre. Si San José caía en cuaresma, don Vale daba permiso para el baile popular. Hoy las ferias se han perdido. Están reunidas e “industrializadas” en Torrelavega, lugar que he visitado.

LA FABRICA

En Arija tenían electricidad por la noche, pero controlaban rigurosamente el número de bombillas en las casas. Había un salto de agua en su molino. Pero quien de hecho aseguraba el fluido era la **fábrica cristalera**, aquella a la que se desplazaban bastantes hombres desde nuestro pueblo para trabajar. Era imponente verles regresar en días de nevada cubriéndose con grandes paraguas. También lo era la marcha a pie hacia Arija, por el puente Rutón, de noche cerrada, cuando se guiaban, según contaban, tocando con los pies los bordes del sendero. Luego trasladaron la cristalera a Avilés, y más tarde pusieron otra en Arbós del Penedés, de la provincia de Tarragona, donde reside, o residió, alguno de Santa Gadea.

LAS ERMITAS

La de San Roque siempre la vi cuidada. Era bonito y reverente mirar por los agujeros de la puerta, hacia el santo cuya rodilla llagada lamía el perro. **Santa Agueda** estaba cerrada, no tiene aspecto de ermita por fuera, pero por dentro cambia totalmente. Es bonita y bien distribuida. Su interior está dividido por un arco árabe, de herradura, que estaba pintado con los colores blanco y rojo propios de ese estilo. Pero cuando la ermita se reconstruyó, Honorino blanqueó todo el interior. Un hijo de Santa Gadea, que vivía fuera, regaló la imagen. Mi padre restauró el crucifijo de madera, le hizo el brazo que le faltaba y lo pintó con los materiales apropiados, las pinturas al óleo que él tenía. En el sermón, Don Vale dijo que “se había llenado un hueco” con aquella reconstrucción. Me dicen que hace años que no se abre esta ermita, y me duele, supongo que como a todos.

Para mí fue una lástima la demolición de las ruinas de San Miguel, de estilo apreciable. Si mal no recuerdo, las columnas de piedra eran barrocas, quizás churriguerescas. Entonces las cosas no se apreciaban como ahora, y en muchos lugares fueron desestimadas ruinas artísticas, al no disponerse de recursos para su reconstrucción. Se pensaba que para tener ruinas en deterioro y abandono, era preferible limpiar lugares así.

EI CEMENTERIO

El Cementerio tenía dos niveles. Los entierros se efectuaban en la parte inferior, y se entraba por la puerta de abajo. El Camposanto se rehizo en 1945. Se aceptó la idea de Honorino de dejarlo unificado, sin la pared o margen interior que lo dividía, aceptando un leve desnivel del terreno. Se consolidaron los muros de contención. Se abrió la puerta de arriba y encima de la misma Honorino colocó una cruz de piedra que él mismo había labrado para un difunto pobre, la separó de la base de piedra que tenía, y la unió con cemento en el lugar principal, sobre el dintel. Honorino hacía que comprobáramos la calidad de su piedra haciendo sonar suavemente con la maceta un brazo de la cruz. Los vecinos trajeron con los carros la tierra necesaria para subir el nivel interior. Alguno trajo la tierra con el carro de monte, y así otros pudieron enfadarse o criticar. El carro de ir al monte transportaba menos tierra. Sé que esto fue en 1945 porque los chavales escribían la fecha en el cemento recién colocado por Honorino, y éste decía: “qué tanto poner 1945, 1945...”

HONORINO

Á mi entender fue uno de los personajes excepcionales del pueblo. Autodidacto

albañil-arquitecto, cantero, pocero, metalúrgico, relojero, y cuanto se terciara. Lo recuerdo muy bien, y los cosas que me dijo. Tiraron la bomba atómica sobre Hiroshima cuando él estaba labrando los sillares para la casa de su sobrino en el barrio Abajo, el 6 de agosto de 1945, ahora hace cincuenta años. Y me dijo: "La bomba cómica es la cagada'l diablo, que la han ido atropando por ahí entre las árgumas". La frase encierra toda una filosofía.

Me contó que su familia paterna vivía en un corralón. Él levantó allí sus dos casas. Al empezarlas, un mozo salía para la mili, y le dijo: "Cuando vuelvas, podrás asomarte a la ventana.- Ya te costará.- Cuando volvió ya estaba echado el un tejado." Yo le pregunté: "¿Con qué tejas lo echó?- Con las del corralón. No tuve harto." Y añadió: "Ya no nos mordían los sapos".

Para su pozo perforó la peña, bajando y subiendo con la polea un hierro con un cortante en la parte inferior y una rebaba encima, donde se colocaba la tierra y la arena que había que extraer. Luego empleó unos cubos largos con una válvula en la base, para sacar el agua.

Honorino arregló y puso en funcionamiento **el reloj del campanario**. Tuvo que fundir latón para fabricar piezas, latón fundido que echaba en ladrillos donde había perforado los agujeros convenientes. El ladrillo tenía que estar muy seco, a fin de que el material fundido no saltara a la cara. Así hizo tuercas y cuanto necesitó. Pintó la esfera. El reloj funcionaba estupendamente, y sonaban las horas al percutir un martillo contra la campana colocada encima del tejado del campanario.

Dirigió las obras de remodelación del **campanario**. Hubo que desmontar el piso de madera, envejecida, y colocar un suelo de hormigón. La mezcla se hizo con cemento, arena, piedra machacada e incluso fragmentos de tejas. Se subieron vigas nuevas, se cubrieron de tablas, y encima de ellas se vaciaban carpanchos de hormigón. Los viejos del lugar dijeron que la madera vieja, entonces desechada, tendría unos cien años.

Había una campana pequeña y un esquilón, propiedad éste de La Cabaña. Se compraron **campanas** nuevas, creo que con el producto de la venta de algunas hayas de La Mata. Con su carro de bueyes, Álvaro las fue a buscar a la fundición, donde vio cómo las fundían. Cuatro chavales cabíamos dentro de la campana grande. Para descargarlas hicieron dos hoyos, de espaldas a la Casa Concejo y enfrente del Camposanto, al principio de la bajada hacia el cementerio. En ellos metieron las ruedas del carro y sacaron las campanas a ras del suelo. Fueron pesados una a una con dos romanas a la vez, colgadas de las vigas de la Casa Concejo, que no tenían el piso de madera encima. Creo que después una se resquebrajó y volvieron o fundirla. El tío Juan Arenas diseñó las mazas; yo vi el

dibujo. Leopoldo las perfeccionó.

Las tocábamos acompasadamente, volteándolas a mano, cuando Don Vale nos hacía señal con su pañuelo al venir desde Quintanilla los domingos. Una vez los mozos las tocaron desmesuradamente, y don Vale se enfadó mucho. Era genioso.

Honorino desmontó y volvió a montar la iglesia de Bimón, afectada por el pantano. Yo vi la manera curiosa e intrépida de subir el material. Colocaban una larga escalera y hasta seis hombres se subían el ella, de espaldas. Honorino, desde abajo, iba dando las piedras, y los demás se las iban dando unos a otros por encima de sus cabezas; arriba las recogía otro valiente.

Antes, Honorino había construido el campanario de Higón. Fue una obra que pudimos ver cómo se realizaba, por la proximidad de aquella pedanía. Una obra que todos le admiraron.

Honorino tiene grabadas sus manos en el dintel de cemento de una puerta interior en casa de un vecino, conocido cazador, Aurelio, del que recuerdo el renombre, y no lo digo. (CHIQUILLO)

EI PANTANO

Estaba en construcción y tenía sus niveles marcados ya con mojones blancos. Se le llamaba, antes de existir, “el pántano”. La obra más importante que vimos realizar en él fue inútil. Me refiero al puente que debía ir de Arijá a La Población. Los cimientos consistían en un gran número de largos troncos de eucaliptos, que eran clavados en la tierra, floja, de arena y turba, a golpes de un gran peso movido por una grúa, por un martillo pilón o fin de cuentas. Encimo de esos troncos, que formaban un cuadro nivelado, tiraban el hormigón, y esto constituía la base de las pilastras del puente.

Yo dudaba mucho de que esas bases tuvieran resistencia, porque los troncos se hundían casi un metro a cada golpe; si encima se colocaba mucho peso, todo el conjunto tenía que ir hundiéndose poco el poco. Me enteré en Cataluña de la rotura e inutilidad del puente, pero me dijeron que no habían fallado los cimientos, si no el hormigón, que más que cemento tenía arena. Desde luego que la arena es allí muy abundante.

Encontré a Honorino visitando la magna obra, que entonces me pareció faraónica. Y a él también. Admiraba aquella grandiosidad y los medios mecánicos allí empleados, que él nunca pudo usar.

LUCIO

El tío Lucio, el herrero, que vivía en la casa que llamábamos “la fragua”, en La Picota, era otro personaje extraordinario. No merecía del todo el calificativo honorífico de “tío”, título que a Honorino no se lo dábamos, porque lo sobrepasaba. En sus mocedades, según me contaron, era hombre bravo, como lo fueron otros del pueblo. Por cierto, había un dicho célebre: “En Santa Gadea, quien no muerde cocea”.

A Lucio lo tumbaron una vez de un morrillazo en la espalda, cuando andaba bravucón por la calle. Eso en sus tiempos fuertes. Estaba casado con Felicidad, el la que no hizo muy feliz, aunque estaban hechos el uno para el otro. Pero era todo un tipo. Manos de oro para los trabajos realizados con metales: hierro, plomo, estaño, plata... Vi una bandeja de cerámica antigua, partida por la mitad, reparada por él con grapas, que él mismo fabricó. No hay restaurador que lo hiciera mejor. Entonces no existían las fuertes colas sintéticas que ahora empleamos.

Me contaron que él realizó la corona de plata de la Virgen. Y que las estrellas las hizo de monedas de plata limadas.

Trabajaba también la madera, la torneaba, etc. El torno funcionaba unido por una correa gruesa a una zancada normal de las que se fabricaban en el pueblo, de piedra arenisca color paja, para afilar. Vi a Roque Acero dándole fuertemente a la zancada, para que Julio torneara.

También hacía de peluquero. Arreglaba las barbas al tío Julio, perseguidor de camadas de lobo, que nos enseñaba las patas de los lobeznos para que distinguiéramos los machos de las hembras por las huellas.

Por lo visto en un momento dado Lucio y Felicidad quisieron separarse amistosamente. Y cuando las cosas estaban ya pensadas, el matrimonio tuvo el siguiente diálogo: “Ahora yo me iré a Francia... - ¿Me llevas contigo, Lucio?- ¿¡Dejaré de llevarte, vida mía!?” Y las cosas siguieron igual. En una ocasión, al ir a salir Lucio de la taberna de Gorio, un poco chispa, le oí decir: “Me voy a casa. A dar cuatro palos a Felicidad...” Felicidad profería exclamaciones dolorosas en algunas ocasiones, las pude oír desde la calle. Felicidad quedó coja, se rompió la pierna. Alguien dijo que era de un martillazo marital.

LOS “TÍOS”

Llamar tío o tía a una persona constituía un homenaje a la probidad de aquella persona, y este título no se adquiría sino con el paso de los años. Recuerdo, entre otros, a la tía Patro, madre de Quirino; a los tíos Eustaquio y Bernabela, padres de Braulio, Aurelio y Rosaura; al tío Federico, abuelo de Juanito; al tío Pedro, cartero; al tío Simón; al tío Basilio (al que los chavales llamábamos jocosamente, entre nosotros, el tío Siballo); al tío Tomás (Tomasuco), que cantaba en la Iglesia; al tío Santiago (zapatero); al tío Miguel, esposo de la señora Mariana, la cual disfrutaba de la excepción de ser llamada “señora”, y varios más. La señora Mariana tenía un hermano sacerdote, párroco de Salces.

Todos ellos constituyen un monumento en mi memoria. Eran como las madres y los padres del pueblo. El tío Pedro, en la fragua de Lucio, dialogaba con otros viejos, que en general hablan de sus achaques. Yo me atreví a dar una sentencia, popular, no mía: “Todo se arregla menos la muerte”. El tío Pedro me dejó de piedra con su respuesta, que reproduzco literalmente: “Pero esa, todo lo arregla”. Fue una sabia respuesta, fruto de la experiencia. Alguien llamaba “tío Manuel” al padre de Abel, fallecido joven, pero a mí ese apelativo me producía la sensación de serle atribuido prematuramente.

ROMUALDO

Había sido un pastor al que mató el toro de la manada. Me contó Honorino que, siendo él presidente del Barrio de Abajo, Romualdo era el pastor, y tenía la costumbre de dar pan al toro, que lo cogía de sus manos. Pero un día que no tenía pan, el toro se enfadó y lo corneó. Honorino sentenciaba: “No tenía por qué dar pan al toro”. Y me explicó que había grabado en la peña un recuerdo que decía: Aquí mató el toro a Romualdo”... Fue en 1932. Esta inscripción está enfrente del pozo de la Mata, en Rozas, donde lavaban las mujeres.

LA VEZ

El ganado era echado **a la vez**, por separado en cada uno de los dos barrios, que tenían un pastor profesional alquilado, al que ayudaban por turno los vecinos de los barrios. La vez era el pastoreo en conjunto del ganado vacuno perteneciente a los vecinos. La locución “La vez” venía a ser una nominalización, procedente del “turno” por el que los vecinos hacían de pastores, es decir, a los vecinos les tocaba “la vez” por turno, para ir a pastorear el ganado, también el lanar, y más antiguamente incluso el de cerda.

LA PENA

No me refiero a un lugar, ni a una desgracia, sino a la multa que se ponía o una res extraviada que pacía en una tierra privada. Dos vecinos, creo que de cada barrio, salían como guardas, y al ver una res delincuente, gritaban: "¡La pena!" En la reunión de la Casa Concejo el domingo después de misa, se daba la relación de las reses penadas, y se anotaban las multas, que había que pagar al final del ejercicio. Los cerdos debían ir anillados (con anillos de alambre clavados en el hocico); si no estaban anillados la pena era superior.

LA DERROTA

La derrota venía después de las cosechas. Consistía en que entonces el ganado podía pastar donde fuera. Por unos días se anulaba la propiedad privada y los animales podían campar a sus anchas. Se empezaba derrotando por zonas, hasta la derrota general.

LOS ÁRBOLES

La propiedad de los árboles fue una de las cosas que más me llamó la atención. En los terrenos que no eran de nadie y que por tanto eran de todos, donde siempre podía pacer el ganado, y alrededor del pueblo, el vecino que plantaba y hacía crecer un árbol, quedaba como dueño de aquel árbol. Recuerdo a un vecino del Barrio Arriba, el zapatero, que era dueño de un chopo del Barrio Abajo, situado cerca de Los Cubos. Este derecho subsiste. La Mata pertenecía al pueblo. El Monte Hijedo era del Municipio, o sea, de tres pueblos: Santa Gadea, Quintanilla e Higón.

LOS TOPOS

Esos animalitos de terciopelo negro eran una plaga para los prados. Los **tapanorias** que producían al vaciar sus galerías, perjudicaban la hierba, desafilaban los dalles y las cuchillas de las máquinas de segar, de tracción de sangre, o sea, tiradas por bueyes o vacas, no por ganado caballar, que no era destinado a las toreas agrícolas. Había que esperar a que el topo cavara, y cuando la tierra de la tapanoria se movía, sacar el topo con un golpe de azada. Era preciso elegir, como es natural, la última de las tapanorias de la línea marcada por el topo, que se veía fresca.

El tío Manuel, de la taberna, era el encargado de dar la recompensa. A peseta el topo. El tío Manuel cogía el topo, le rebanaba suavemente el corto rabo con el hacha, y entregaba una peseta. Guardaba los rabos en una caja de cerillas, para que los contaran en una reunión del Concejo y le restituyeran el dinero.

Se veían topes tirados por los huertos, y los chavales comprobábamos que no tenían rabo. Los cazadores los pillaban con un tiro en la tapanoria, a boca de jarro, o de tapanoria.

EI RACIONAMIENTO

Las cartillas de racionamiento imperaban en la postguerra. Todo el mundo era pobre. En Santa Gadea no se produce aceite, por lo que ese líquido era muy buscado. No se usaban las lamparillas de aceite. A Santa Gadea llegaba el racionamiento por grandes etapas, de cuando en cuando y a la vez. Eran nombrados unos vecinos para su distribución. Se decía que los repartidores empezaban repartiendo bien para sí mismos.

Por lo visto una vez mezclaron agua con el aceite, como si se tratara de leche, y, claro, los últimos en recoger su ración, obtuvieron aceite en superficie. A mí me costaba mucho creer en esos aprovechamientos. Pero cuando mi padre formó parte una vez de los repartidores, comprobé que era auténtica verdad. Vi a un vecino escanciando aceite en su aceitera, no pequeña, y como lo sacaba con un tanque pequeño desde el bidón hasta su aceitera, depósitos que estaban situados a cierta distancia, iba quedando un reguero del aurífero elemento por encima de las tablas del piso.

Aquella vez daban incluso bellotas de racionamiento, y por cierto nunca las he comido tan buenas. Dos kilos por ración. Un mozo aguerrido las pesaba en una balanza de dos platos. Cuando tuvo agarrado el tranquillo, ya no los pesaba, sino que acertaba los dos kilos a ojo. Se lo hicieron comprobar, y los dos kilos salieron clavados. De los otros productos o repartir, salvo el petróleo, ahora no me acuerdo. Pero sí recuerdo un refrán que circulaba por el alfoz: “Quien reparte y bien reporte, se lleva la mejor parte”.

EDIFICACION DE CASAS

En Santa Gadea las casas son nada menos que de sillería. Una construcción magnífica, que consiste en muros de piedra labrado. Al menos los ángulos, los dinteles de las puertas y de las ventanas. Hay paredes de son de piedra, arenisca por ser la del lugar, sin labrar, unidas con barro de arcilla roja. La estructura de las casas antiguas curiosamente está armada con postes y vigas de madera, y los

muros cierran los espacios. Aunque caiga un paredón, lo casa queda en pie. Era necesario sacar piedra de cualquier peña del Campo, rompiéndola con cuñas de acero golpeadas o mazazos. Previamente se picaban unos huecos alargados siguiendo la veta de la peña, y en ellos se colocaban las cuñas sujetadas por dos pequeñas ripias.

Para mí lo fantástico y encomiable era que luego todos los vecinos transportaban este material con sus carros hasta el lugar de la construcción de la casa, que podía edificarse en solar gratuito situado en tierra de nadie y de todos, si era para uso propio. Los voluntarios transportistas eran recompensados con tajados de pan y con vino, generalmente tinto, que a veces se traía en un pellejo, y como “había que acabarlo”, alguien terminaba a veces haciendo él de pellejo.

Las tejas se fabricaban en la tejera, más allá de San Roque y del río de La Mata, yendo hacia Higón. Allí vivió un tejero con su familia, en la casa a la vera del pequeño río. El horno funcionaba con rozo, o sea, árgomas y brezos segados. Estaba situado el horno a la izquierda de la subida hacia Higón, porque en aquel lugar hay la arcilla necesaria para la fabricación de ladrillos y tejas. El tejero en invierno hacía albarcas. Recuerdo que eran asturianos.

UNA FOTOGRAFÍA DEL 19 marzo 1941

Existe una fotografía tomada el día de San José de 1941, cuando la feria, frente a la Escuela de los Niños. Salen en ella el señor Maestro Don Santiago, y veintisiete alumnos, que he procurado identificar con lo ayuda de unos amigos. Tengo dos ejemplares originales de la misma, y varias reproducciones. No todos los niños de la escuela salen en ella, pero casi todos. Yo no estaba aún en el pueblo y por eso tampoco salgo.

Paro mí, el alumno más listo, y trabajador, era Aurelio Sainz. Que después estudió en Villacarriedo, donde pasado el tiempo fue profesor. Por cierto que hacía unos magníficos cuadros de honor de los alumnos del Colegio, con una espléndida letra gótica. Cuando le preguntaban dónde había aprendido aquella caligrafía, contestaba que en la escuela. Los que fueron alumnos de Don Santiago saben que el señor maestro era un magnífico calígrafo, dibujante y pintor, muy mañoso.

Por cierto que don Santiago, a sus 58 años de edad sufrió una apoplejía que le dejó imposibilitado el brazo derecho. Entonces se puso a escribir y a dibujar con la mano izquierda. No pudo recuperar sus magníficos rasgo y trazo anteriores, pero su nueva letra era más que aceptable.

Me llamaba la atención oír a los niños que ellos debían estudiar un curso más, por

“el año de la guerra”. Comprendí enseguida que en esa zona la guerra había durado solamente un curso, el de 1936-37. Pero a mí el trauma bélico, y de forma muy dura, me había durado tres años, no uno.

Cada uno de los alumnos tomó un rumbo distinto en la vida. La desocupación del mundo rural fue general. Ahora se ha vuelto a los pueblos para los fines de semana y los vacaciones. Afortunadamente se reconstruyen las casas, o se hacen otras nuevas, acondicionadas según las comodidades actuales.

En Santa Gadea yo fui a **la escuela** con los demás niños, y con mi padre de maestro. Me examiné de ingreso a bachillerato en el Colegio de los Hermanos de Portugalete, y cursé primero por libre. A continuación estudié en el Colegio-Preceptoría Argüeso de Arija durante los cursos 1944-45 y 1945-46. Después regresé con mi familia a Cataluña y seguí estudiando la Carrera eclesiástica en el Seminario de Tarragona.

MI VIDA EN CATALUÑA

Canté misa el 22 de diciembre de 1956, y don Vale lo anunció en Santa Gadea. Durante el curso de prácticas fui ayudante de la secretaría particular del Cardenal Don Benjamín de Arriba y Castro, que luego me destinó durante ocho años de coadjutor a dos parroquias, y me reclamó a continuación para secretario particular suyo, hasta su dimisión efectiva. En ese cargo estuve ocho años.

Con el nuevo Arzobispo, José Pont y Gol fui, en primer lugar, Vicesecretario General y Notario, luego Delegado Episcopal de Economía. Este último cargo lo desempeñé durante ocho años. Dirigí la Casa Sacerdotal de Tarragona. Pero directamente en el Arzobispado trabajé durante veintidós años, desde 1964 hasta 1986, en que tras dos infartos de miocardio, dejé los cargos palaciegos, o curiales.

En 1971, al serle aceptada la renuncia al Cardenal Arriba y Castro, inauguraron la Facultad de Filosofía y Letras en Tarragona, de la Universidad de Barcelona. Creí que hacía falta ponerse al día, pasado ya el Concilio Vaticano II, y fui el primero en firmar la matrícula previa. Terminada esta segunda carrera mía, me quedé en la Facultad como Profesor. Obtuve el doctorado en Filología Hispánica. Fui además profesor del Seminario durante una serie de años: de lengua francesa y de lengua y literatura españolas.

Desde 1971 fui también párroco de un pequeño pueblo, turístico, llamado Creixell, a 18 Km. de Tarragona, muy cerca del conocido y romano Arco de Bará. Tenía 300 habitantes, en 1990 llegó a 700, y actualmente tiene 1600, pero los fines de semana se llenan las segundas residencias ubicadas en 12 urbanizaciones

diferentes, y en verano, contando a los campistas, el pueblo sobrepasa los 20.000 habitantes. Conchita me visitó una vez en la iglesia, inesperadamente, y me emocioné. Me despedí de allí en 1992.

Ahora tengo únicamente el cargo de colaborador en la parroquia de San Juan de Tarragona.

Mi padre se despidió de Santa Gadea, como maestro, y mi madre de Quintanilla, como maestra interina, al terminarse el curso 1945-46. Se trasladaron a la Villa Ducal de Montblanc, donde llegaron a ejercer de maestros propietarios ambos. Se encariñaron con Montblanc, y aunque los últimos años de su vida los pasaron conmigo en Tarragona, quisieron ser enterrados en Montblanc, donde reposan. Mi padre falleció en mi casa en 1982, a los ochenta años, y mi madre, doña María, en casa de mi hermana en 1986, a los ochenta y uno. Para mí son de memoria ejemplar. Dios les haya recompensado.

Mi cariño por Santa Gadea es imborrable. Pueblo hidalgo y de resonancias nostálgicas. Regresé a los dieciséis años de haberme ido. Disfruté mucho porque identificaba a los niños por el parecido fisonómico con sus padres. Vivía pleno de salud Don Vale. Era por las fiestas de la Octava. Cuando regresé otra vez, con el coche del Señor Cardenal, que visitaba Burgos, don Vale estaba ya muy decaído, y apenas pude hablar con él. Le dije de parte del arzobispo de Burgos, que podía ir a la residencia sacerdotal de la capital, que se iba a inaugurar.

Después he vuelto en distintas ocasiones, fugazmente, pero he podido hablar con algunos conocidos y amigos. En 1990 tuve la oportunidad de pasar unos días en estas mis queridas tierras.

EI LIBRO SANTA GADEA DE ALFOZ (BURGOS) DE GONZALO SAINZ PÉREZ

Hace algunos años recibí este libro. Fue una sorpresa muy grata. Me lo enviaban a la vez que me manifestaban la humildad de esa edición. Lo leí enseguida, y me produjo muy buena impresión. Pocos pueblos tienen una publicación de este tipo. Anoté a lápiz la tercera página, nota que no he borrado, en la que digo que se trata de un trabajo bien documentado. No lo he vuelto a leer, pero desde entonces me propuse corresponder al ruego final de su autor escribiendo mis recuerdos de Santa Gadea, recuerdos que he redactado a ratos en una semana, y que he almacenado en mi ordenador.

Volveré a releerlo, porque sin duda va a sugerirme nuevas ideas. Pero hasta terminar de escribir mis recuerdos no he querido repasarlo, a fin de que no me condicionara.

En primer lugar me complace que Agueda, palabra de la que deriva, en parte por metátesis, el nombre de Gadea, signifique "buena", porque Santa Gadea es mi buen pueblo.

Página 26. Habla del "año de la guerra". El que mencionaban los niños en la escuela. Don Valeriano estuvo fuera del pueblo entonces. Me explicó que no era cómoda su presencia en la pensión donde vivía con algún compañero, me parece que en Andalucía, pero los propietarios jamás les dijeron que se fueran, porque pagaban con monedas de plata. "Ustedes nos pagan en plata". Terminado el año, regresaron rápidamente a sus parroquias, sin atender a otros ofrecimientos que les hicieron.

Al ver el mapa del territorio de la Villa de Santa Gadea, recuerdo que en una ocasión el tío Federico entró en la escuela para invitar a los chavales a visitar las cruces. Se refería a las cruces que señalaban el territorio del pueblo, y varios chavales fueron con los viejos del lugar a recorrerlas. Me pareció un espléndido didactismo de las generaciones añejas hacia los generaciones infantiles.

Las Casas. Magnífica descripción. Echo sin embargo en falta dejar constancia de que en la planta baja solía haber un taller de carpintería, en la que los vecinos eran muy diestros, con herramientas apropiados y banco incluso. No había servicios. El lavado matinal se practicaba en una simple palangana. En cuanto a la privada, se usaba la cuadra. Eran otros tiempos. En los pueblos catalanes había servicio, pero no inodoro, sino una conducción hacia un depósito del que luego se trasportaba su producto como abono al campo. En el colegio de Arijá, la privada era una habitación especial. Quiero decir que los usos y costumbres cambian con los tiempos.

Pág. 29. Se dice que la torre o campanario es de 1847. Esta fecha indica que acertaron los viejos al conjeturar que las vigas, en el momento de la reconstrucción del piso del campanario, tendrían cien años. La escalera de caracol será un pegote, pero no he visto ninguna construida con tanta perfección: los peldaños ascienden rodeando una línea montante completamente vertical, que, agarrado a la misma, te permite subir y bajar corriendo, como hacíamos los niños.

Pág. 33. Se dice que en 1867 se reconstruyó el cementerio. Pero no se habla de la nueva reconstrucción de 1945, que yo recuerdo muy bien.

En la descripción de las ornamentaciones esculturales que hace de la parte exterior de la Iglesia, me parece que no está relatada la inscripción trinitaria en un triángulo grande situado a poniente del coro actual. Don Vale nos la explicaba: El

Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, etc. y nos decía que la había esculpido un párroco que era cantero, el que amplió la iglesia y cambió su orientación.

El libro habla de la estela, pero no dice que había dos estelas. La que por lo visto desapareció, era más vieja. No podría soportar las pedradas, o morrillazos, con que los inconscientes las acribillábamos.

Pág. 37. Dice que el arco interior de Santa Agueda es de medio punto. Yo solamente he entrado en la ermita, varias veces, cuando su reconstrucción, hacia 1943-44, no puedo recordar el año exactamente. Pero me parece recordar que el arco es de herradura, árabe, y desde luego recuerdo muy bien que su arco superior era rojo y blanco, tal como lleva los colores ese estilo, por ejemplo en la mezquita de Córdoba, aunque allí el color blanco lo tiene la piedra, y el rojo los ladrillos de barro cocido. En cuanto a la imagen que se colocó entonces, es de pasta o escayola, decorada. Don Valeriano dijo públicamente quién la había regalado, advirtiendo que no le habían indicado que lo dijera, pero que tampoco le habían pedido el secreto. Fue llevada en andas, y procesión, desde la iglesia hasta la ermita.

Pág. 39. “Las Animas” del camino de Herbosa. Yo siento que no se haya restaurado ese humilladero. Una mujer del pueblo me explicó que ella había sido testigo presencial de su profanación, cuando hombres armados quitaron el crucifijo y la puerta. Don Vale, en una ocasión, nos pidió a unos niños que le dibujáramos este humilladero a fin de solicitar una ayuda en vistas a su restauración. Por lo visto no hubo suerte.

Pág. 68. Ya no se cultivaba lino cuando mi estancia en la Villa. Pude ver unos manojos de esa hierba, secos y muy bien colocados en la cuadra de mi casa. Estaban allí desde tiempo. Una señora mayor me dijo que aquello era lino, y que antes lo trabajaban en el pueblo.

Pág. 79. En 1941 figura como maestro mi padre. Deseo completar su nombre: Santiago Mundi Codina.

Pág. 127. La Poza Canteras tiene un desaguadero. En una ocasión me explicó Honorino que el desaguadero perforado en la roca lo había abierto él. Cuando la poza se secaba algún verano, se subastaba el limo o abono que contenía. Entonces era necesario secarla totalmente para que el limo se secase a su vez. La forma de sacar fácilmente el agua remanente era expulsarla con baldes o palas por aquel agujero. El desagüe consiste en un agujero inclinado, perforado con una barra, de la misma manera que se perforaba una peña para meter el cartucho de

dinamita y obtener piedra.

Un año de sequía Honorino, junto con algún otro vecino, pujó en la subasta y compró el abono. Encontró el orificio de salida cerrado con piedra caliza y cemento. Entonces agujereó con la borra en forma vertical para ver si el tapón de caliza era muy profundo. Le fue fácil abrir de nuevo el desaguadero.

Lo que recuerdo muy bien es que la Poza Canteras era el abrevadero del ganado del Barrio Abajo. Yo mismo llevé a beber a algunos animales, incluso a un burro que me dejaban y que yo aprovechaba para montarlo, y no me bajaba mientras el animal bebía. El toro del Barrio Abajo era llevado también a la Poza, con cuidado, para abrevar. Correspondía a un vecino tener el toro, para semental de las vacas del barrio. La poza había servido para remojar el lino.

Pág. 159. Los señores “tíos” o “tías”. Me reconforta la coincidencia con mis recuerdos. Y se trataba de algo propio de pueblos pequeños como Santa Gadea, porque esa palabra la entendían como despectiva en Reinosa, y quizá también las vendedoras que desde Arijá acudían con sus cortas mercancías. No me extraña que ese digno título haya desaparecido no por modernidad, sino por una razón muy distinta. En efecto, a mi entender, para dar tal título popular se requiere quórum, es decir, se requiere una tática votación popular que lo conceda y que a la par lo mantenga vigente con el uso. La emigración ha privado de quórum a Santa Gadea para una empresa de tal honorificación.

HASTA LUEGO

He regresado de cuando en cuando. Siempre por el buen recuerdo de este alfoz castellano, por la añoranza que produce en mi olma, por agradecimiento a la huella que dejó en mi formación infantil, por la hidalguía de sus habitantes, presentes o ausentes en la Villa, o vivientes en su Camposanto.

Hoy en Santa Gadea se oye el silencio, desgarrado antaño por los vencejos, por el sonar de las horas, por los gritos de la chiquillería en el recreo escolar. El silencio y la grandiosidad del alfoz también me invitan “a pensar y a comprobar la poquedad del hombre y la majestad del Creador”.

Podría escribir mucho más, pero debo ser comedido, al menos por ahora. Esta redacción es del año 1990, repasada en 1995. Quiero mostrarla el 16 de agosto, fiesta de San Roque.

Manifiesto mi agradecimiento a los que me han ayudado para la redacción de estos recuerdos:

José Blanco González

Juan Campo Acero

Jesús Fernández Fernández

Manuel Fernández Rodríguez

Carlos García Díez